

ARANTXA URRETABIZKAIA

El cuaderno rojo

Traducción:
IÑAKI IÑURRIETA



ÍNDICE

I.....	9
II.....	15
III.....	25
IV.....	41
V.....	63
VI.....	89
VII.....	111

El cuaderno rojo

Una mujer joven acaba de llegar al aeropuerto de Caracas. Ha viajado sola y lleva una bolsa en su mano. Mientras espera el resto del equipaje, no deja la bolsa en el suelo, a pesar de que es bastante pesada. Junto a la mujer, un carro vacío.

Cuando las primeras maletas empiezan a girar en la cinta portaequipajes, se cuelga la bolsa del hombro y cruza la correa sobre el pecho, para tener las manos libres. Poco a poco, los demás viajeros van retirando sus equipajes y se dirigen a la puerta de salida sin mirar atrás. Cuando la cinta se detiene, la mujer se ha quedado completamente sola. Perpleja, mira a su alrededor, con la bolsa colgándole del hombro y el carro, vacío, a su lado. Recelosa, pregunta en dos o tres ventanillas y rellena los formularios que le ofrecen. Le muestran docenas de maletas extraviadas, pero no encuentra la suya.

Finalmente, debe marchar de vacío a Caracas, con la bolsa asida como si el mundo estuviera lleno de ladrones. Toma un taxi, contraviniendo todos los consejos que le habían dado, y dice el nombre del hotel al taxista. Durante el trayecto, los ojos se le cierran y apenas mira por la ventanilla. Sabe que la ciudad queda lejos y está deseando llegar al hotel, pues le parece que, mientras no cierre la puerta de su habitación, no se tranquilizará. Al principio, el conductor le pregunta de dónde es y si va a estar mucho tiempo en Caracas, pero la sequedad de las respuestas lo hace enmudecer.

Llegan en silencio a la puerta del hotel y paga el importe sin discutir. Luego, con la agilidad que le da no llevar equipaje, alcanza rápidamente el vestíbulo: frente a ella, entre la puerta y la recepción, un hombre joven sostiene un arma contra su pecho, la mirada atenta y el cuerpo erguido, como de piedra.

Corre el pestillo en cuanto entra en la habitación, todavía sin dejar la bolsa. Tras unos segundos, se sienta, se quita del hombro la correa y examina la habitación sin demasiada atención, conecta el aire acondicionado, se descalza y entonces, sólo entonces, abre la bolsa.

Con gestos de cansancio, saca un paquete de la bolsa, le quita el envoltorio y deposita el contenido sobre la mesa que ocupa la parte izquierda de la habitación: un cuaderno rojo, una foto y un papel con algo escrito. La foto, en color, muestra a una niña y un niño agarrados del brazo mirándose. En el rostro de la niña se advierte una sonrisa, más patente en sus ojos que en sus labios. La cara del niño no se distingue tan bien, pues está casi dando la espalda a quien hizo la foto.

La mujer permanece de pie durante largos segundos, contemplando lo que acaba de extraer del paquete. Deja la foto, toca el cuaderno, pero no lo abre. Da dos pasos hacia atrás y comprueba si huele a sudor. Saca el neceser de la bolsa y se dirige al baño.

Antes de ducharse, lava con jabón de mano en el lavabo la blusa que llevaba puesta. La extiende sobre la toalla para que no se arrugue y se mete bajo la ducha.



«Soy vuestra madre. Tú, Miren, y tú, Beñat, nacisteis hace trece y diez años. Hace ya siete que desaparecisteis, secuestrados por vuestro padre. Ésa es mi verdad, ésa y el hecho de no saber qué os habrá contado él de mí.

Os he buscado durante estos siete años, y hace pocos meses he podido saber que estabais en Caracas.

Este es el comienzo, queridos míos, y no parece el peor para un cuento triste que quizá tenga final feliz.

En este momento, tan pronto como me he hecho con este cuaderno, el cinco de octubre de 1990, doy comienzo a algo que os debo desde hace mucho tiempo. Precisamente el día de tu cumpleaños, Beñat. Felicidades, cariño, felicidades siempre.

No es la primera vez que lo intento. Anteriormente he escrito algún borrador, aunque quien está en mi situación no tiene derecho a escribir lo que desea. Sin embargo, en mis tentativas anteriores no sabía lo que ahora sé.

Durante estos largos años os he contado noche tras noche lo ocurrido durante el día; a vosotros iba dirigido el diario que, por razones de seguridad, nunca he escrito.

Todavía me sé de memoria algunos fragmentos, sin ir más lejos, todo lo que llevo escrito hasta ahora y lo que viene a continuación. No tengo que inventar nada, mi mano escribe sin pausas, como si obedeciera a algún magnetófono silencioso, como si hubiera sido creada para ello.

No sé si todavía estáis en Caracas, menos aún cómo vivís, qué esperáis de la vida, cómo veis el mundo, cómo aliviáis vuestros dolores, tristezas, dudas, a qué os agarráis por las noches, antes de dormir, para que los sueños no se os tuerzan.